

dea, el microbio de la tuberculosis, los gérmenes patógenos de la miseria humana? ¿No será uno de los mayores ascos beber agua, á menos que sea peor todavía comer pan?

* *

Con estas zozobras se nos envenena la existencia. La persona más sobria ha de comer pan y beber agua; el régimen clásico de la sobriedad, el de los ayunadores ascéticos, es el agua y el pan. Y no todo el mundo puede permitirse reemplazar el pan con bizcochos y el agua con Vichy.

Quizás eran más felices nuestros abuelos, que sabían poco ó nada de higiene. Carecían de lo más elemental—no sería decoroso decir de lo que carecían, lo adivina cualquiera—y se las arreglaban, trabajo cuesta pensar cómo, pero se las arreglaban. Hay quien dice que llegaban á viejos y duraban años infinitos; hay quien cree que hoy la longevidad es mayor, que se ha dilatado el término medio de la vida humana... Me inclino á lo segundo: es imposible que tantas prescripciones higiénicas no den algún resultado práctico. Lo que digo es únicamente que conocer el fondo de la alimentación engendra inquietud.

* *

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En la economía política hay misterios que vanamente intentaríamos penetrar. Uno de estos arcanos indiscutibles es el de la subida del pan, coincidiendo con la baja del precio de los trigos en el mercado.

Si la primera materia de una industria desciende en valor, natural parece que exista una proporción más ó menos exacta entre este valor y el de la materia ya elaborada. La elaboración no ha mejorado; es la misma, invariable. En buena ley, el consumidor tenía derecho á exigir que el pan costase menos, puesto que el grano vale menos. Me explico que la gente se alborote, que asalten hornos y tahonas y que arramblen con lo cocido. Siempre está bien respetar el orden, pero hay cosas demasiado fuertes.

Es una fatalidad esto que ocurre con el alza de precios. Cualquier circunstancia sirve de pretexto para recargar al consumidor, y ya jamás, aunque desaparezca la circunstancia, se rebaja el coste de los artículos. Cuando estaban los francos por las nubes, los establecimientos de novedades se escudaban con el alza de los francos para elevar á los pingos hasta el firmamento. Los francos descendieron hasta su módico sobreprecio actual, y no se ha notado que por eso los trajes, los abrigos, los sombreros, la fantasía, se hayan vuelto más accesibles. Lo del pan, sin embargo, además de ser doblemente importante, es más concreto y fácil de probar. Son habas contadas. Las cosechas de 1904 y 1905 alcanzaron precios mucho más elevados que la de 1906. Con el aceite, que también sube, ha sucedido lo mismo. ¿Cuál es, pues, la razón de la subida? Únicamente la codicia de los intermediarios. El remedio sería que estos servicios de artículos de primera necesidad estuviesen montados en otra forma, apelando á la cooperación pública ó municipal para regular las ganancias y mantenerlas en un límite justo.

El que cosecha trigo, poco ó mucho, y sabe que la baratura del corriente año ha mermado sus rentas—y es el caso de quien esto escribe,—no puede menos de ver con asombro que 1907 sea el año de los conflictos por carestía del pan. Y lo insoluble del enigma económico le hace meditar profundamente, mientras desmigaja el bollo del desayuno en la leche—sabe Dios si pura ó contaminada.

* *

Porque este es otro misterio de la vida en la urbe matritense. Lo que se come cuesta caro; ¿pero es genuino, es lo que debe ser, ó sólo una engañosa apariencia, que los sentidos no saben distinguir de la realidad?

La leche que bebemos por obedecer á la preocupación más de moda en higiene, ¿ha salido de las ubres de una vaca, ó ha sido cuidadosamente confeccionada con agua, cal, margarina, sesos machacados, gelatina de despojos y otros ingredientes? El pan que tales fatigas cuesta conquistar, ¿lleva aleación de yeso, y ha sido amasado con agua de alcantarilla? Y el agua, la misma linfa de cristal del Lozoya, ¿no es acaso el residuo de sumideros, albañales, lavaderos, pudrideros, en donde vertieron inmundicias y desahogaron impurezas infinitos pueblos serranos? ¿No nos trae esta engañosa agua, tan fina y tan clara—cuando no hay turbias—el bacilo de la tifo-

Tampoco es consolador pensar que todos los progresos realizados en medicina é higiene son inútiles ante una enfermedad menuda, indefinible, insidiosa, cuya esencia se desconoce y cuyo remedio está por descubrir. Me refiero al trancazo, catarro, gripe, *dengue*, enfriamiento, que de mil maneras se le llama, porque adopta mil formas y accidentes exteriores, y recorre una escala interminable, desde la ligera molestia hasta la afección gravísima, mortal.

Ese dolor de los huesos; esa laxitud de los miembros; esa desazón profunda del organismo; ese aturdimiento de la cabeza; esa fatiga que parece venir de lo íntimo de la vitalidad, son los síntomas habituales del *trancazo*. No obstante, á veces reviste otros distintos: calentura, inapetencia, melancolía, tos, y casi siempre debilidad, flaqueza, tedio, abatimiento. Se podría decir del *trancazo* que es el *spleen* de la materia.

Lejos de contarse en el número de las enfermedades que se sufren una vez y no vuelven, el *trancazo* insiste: su germen ignorado queda oculto en no sé qué repliegues del organismo, y acecha el momento favorable para desarrollarse de nuevo. El que con frecuencia padece *trancazo*, es una plaza desmantelada que cualquier enemigo toma; está preparado á la pulmonía infecciosa, al tífus, á la tisis. Y ningún padecimiento señala con huella tal de decadencia el rostro de los enfermos: ninguno «echa á pique» con tal seguridad y tal ensañamiento.

En esta época del año, no oís hablar sino del «trancazo» dondequiera. ¿Un palco vacío en función de moda? Trancazo de la abonada. ¿Excusas á la hora de un convite? Trancazo. ¿Zambullida pasajera de un hombre político? Trancazo. ¿Suspensión de un sarao, de una junta, de un concierto? Trancazo seguro. El brutal trancazo ha venido á substituir á las espiritadas jaquecas, los vapores, los nervios de las mujeres bonitas del período romántico. Es una enfermedad prosaica: nadie pensará en rodearla de la aureola con que los poetas y los novelistas han rodeado á la tisis. El trancazo además no distingue de edades: acomete á jóvenes y viejos; sobre todo, á los débiles y á los que pasan el día en ambientes viciados, donde no se practica ventilación frecuente y rigurosa. Y si con algo se previene y se cura, es con oxígeno: aire puro, aire libre.

* *

Han subido al poder los conservadores; tenía que ser así, dada la división atomística de los liberales. La unión hace la fuerza, dicen nuestros vecinos los franceses, y piensa todo el que conoce el mecanismo de la historia, la ley de los sucesos. La unión y la disciplina: dos cosas muy viejas, muy vulgares..., y en ellas, el único resorte de gobierno que no se gasta ni se inutiliza. Dejándonos de examinar programas, de clasificar personas; descartando todo lo que sea discutible, aunque á mí no me lo parezca, queda, como razón suprema del triunfo de los conservadores, lo compacto, lo organizado de sus huestes.

En esto ha ocurrido algo que no estaba previsto; en que la parte de la casualidad fué considerable. Creíase generalmente que el partido conservador sería el dividido, el solicitado por fuerzas centrífugas que representaban distintos hombres, todos de valía, y para los cuales, al faltar el gran Cánovas, la idea de la jefatura pudo constituir una lícita ambición. Ya en vida del mismo Cánovas, la tremenda escisión

provocada por D. Francisco Silvela amontonó negras nubes en el horizonte y comprometió la existencia del partido, considerado como elemento de defensa y seguridad para el régimen. El propio Cánovas, vaticinando disgregaciones que su fuerte mano á duras penas contenía, solía decir: «A mi muerte, habrá que alquilar balcones para ver lo que aquí pasa.» Si hoy pudiese verlo, quizás le sorprendiese el cómo se ha combinado y arreglado todo para que un nuevo *don Antonio* se encuentre al frente de una Iglesia en que no hay herejes, ni siquiera neófitos tibios en la fe. A este resultado concurrió algo imprevisto, algo terrible: la muerte... En corto plazo fueron tragados por la negra sima D. Francisco Silvela, D. Raimundo Fernández Villaverde, D. Francisco Romero Robledo, el duque de Tetuán... Barrida así la palestra, nadie puede hacer, no diré sombra, pero ni aun estorbo á D. Antonio Maura.

Yo deseo muy larga vida, hasta que se caigan de viejos, á los primates del partido liberal; pero ellos mismos reconocerán que si la suerte les enviase unos *trancazos* de mano armada, su problema se simplificaría extraordinariamente. Aún cabría solución más dulce y consoladora, pero milagrosa en grado sumo: que resucitase D. Práxedes Mateo Sagasta.

Mientras no se resuelva lo de la jefatura indiscutible; mientras se la disputen, con elementos para disputarla, seis ó siete altos personajes, el partido liberal será un enfermo, un débil, un extenuado; y no tan sólo podrá valerse mal, sino que no servirá de mucho á la causa del orden social y de la estabilidad combinada con el progreso, objeto esencialísimo de esto que llaman partidos y que deben representar corrientes profundas del sentimiento y del pensamiento de la nación. En ese báculo roto en astillas, nadie se apoyará confiado.

El terreno que va á pisar Maura está, pues, libre de zanja y baches, á lo menos en la zona donde descansan sus pies. Más allá... Más allá, ¡quién duda que se adivinan precipicios! Para salvarlos, la cabeza firme y fría, la tranquilidad interior, son auxiliares preciosos. No conozco expectation más interesante que esta que nos produce el advenimiento del admirable orador; vamos á verle de nuevo, en el cenit de su carrera, en la plenitud de sus facultades, luchando con esta mansa disolución que nos envuelve y nos cala, como la neblina lluviosa de mi país, entumeciendo los miembros y deprimiendo el ánimo. ¡No es una canongía lo que le ha caído á Maura, no es una canongía!

* *

Apenas me queda espacio para recordar que ahí llega Momo, con sus cascabeles abollados, sus serpentinatas manchadas de barro, sus *confetti* polvorientos y sus caretas reblandecidas por el agua de nieve. El Carnaval es una fiesta que se ha equivocado de fecha; por lo menos si ha de celebrarse en las calles. Mayo sería un mes delicioso para la consabida *saturday*, que va degenerando en inocente bromazo, en paseo de gentes candorosas aficionadas á la nariz de cartón, á la escoba al hombro, á la voz en falsete, para decir doble número de tonterías de las que dijeron nunca con la cara descubierta... Porque si sabéis de algo más simple, más bobo que una mascarita, yo os ruego que me lo indiquéis. Las «bromas» son infantiles, los *confetti* sucios, las flores carísimas y escasas, el piso está enlodado... ¿Qué queda de Carnaval en Madrid?

EMILIA PARDO BAZÁN.